

Comentario de

LA ÉTICA PROTESTANTE Y EL ESPÍRITU DEL CAPITALISMO

de

MAX WEBER

por

Manuel Benet Navarro

Valencia, 22 de junio de 2004

Uno de los problemas al que se enfrenta una persona al realizar el comentario de un clásico viene dado precisamente por ese mismo carácter de clásico y la autoridad que emana de la obra. Parece como si la obra nos mirase y nos dijese aquello de *No sabe usted con quien está tratando*. Y tras leerla, se da uno cuenta de que en este caso, a diferencia de las numerosas veces en que se abusa de tan arrogante sentencia, tiene razón. Si a eso le añadimos, en mi caso, el desconocimiento que tengo del entorno histórico en el cual está situada y al cual alude la obra (principalmente), me quedan en verdad pocas herramientas para traspasar el relativamente sencillo terreno del resumen hacia el espinoso terreno del comentario crítico.

Sin embargo, esto sólo es aplicable a una parte de La ética protestante. Porque la obra de Weber no es sólo un estudio histórico de la relación entre las éticas que se desarrollaron asociadas al protestantismo y a sus distintas variaciones: el calvinismo, el pietismo, el metodismo y las sectas anabaptistas, y el fenómeno del capitalismo. No se puede reducir La ética protestante al mero análisis histórico del origen del capitalismo, sino que es necesario entender que, de algún modo, los planteamientos que dieron lugar al nacimiento del espíritu del capitalismo tal y como Weber lo caracteriza, siguen vivos hoy en día, radicalizados y de algún modo racionalizados —si es que eso es posible—, ya liberados de todo condicionamiento religioso. Es por ello que la obra de Weber trasciende el mero estudio histórico que se podría aplicar si el capitalismo, atado en su nacimiento a las éticas derivadas del protestantismo, hubiera alcanzado su punto culminante algunos años más tarde y hubiese sucumbido finalmente bajo el comunismo —por citar lo que parece ser su antítesis más radical— o cualquier otra concepción económica de la sociedad (o como quiera que pueda llamársele). De esto también se deriva que no pueda considerarse a la definición que Weber da del capitalismo como un mero instrumento a merced de su tesis principal, sino que ésta adquiere vida por sí misma como tesis y no como argumento.

Y es en esta caracterización donde Weber realiza una tarea absolutamente genial, en la definición del *espíritu del capitalismo* como —con los problemas que conlleva intentar reducir todo el análisis de Weber a una sola frase, aunque sea suya— «aquella mentalidad que aspira a la ganancia mediante el ejercicio sistemático y racional de una profesión»<sup>1</sup>. Es cierto que, como el mismo Weber afirma, «no es en absoluto necesario entender por «espíritu» del capitalismo sólo lo que a nosotros se nos presentará como esencial para nuestra concepción»<sup>2</sup>, lo que implica que tanto la definición de capitalismo dada como el posterior análisis de los orígenes de éste van interrelacionados sin que puedan ser entendidos por separados. Sin embargo, el hecho de que las características del capitalismo que se estudian son aquellas que mantienen la tesis de los orígenes del capitalismo en el cristianismo protestante y sus variaciones, no puede hacer ignorar la caracterización del «espíritu» del capitalismo hecha por Weber utilizando como excusa la parcialidad de ésta.

Por una parte —algo que Weber no se cansa de repetir— parcialidad vista como incom-

---

<sup>0</sup>La edición utilizada para la realización de este trabajo ha sido la de Jorge Navarro Pérez, ed. ISTMO, Madrid, 1998.

<sup>1</sup>M. Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Madrid, 1998, p. 122.

<sup>2</sup>Weber, pág. 106, op. cit., n. 1. La cursiva es del original.

pletitud de la caracterización, como un análisis desde aquellas características y condiciones históricas relevantes para su tesis, no considerando aquellas que no lo son. Weber es consciente de que existen distintas perspectivas de afrontar el análisis de los orígenes del capitalismo, en función del planteamiento que se le de al estudio. No obstante, desde la perspectiva escogida, considerando la edad del texto y la evolución que el capitalismo ha seguido, la definición dada no podría ser más correcta.

Por otra parte —algo que está implícito en la caracterización y que es indisoluble de ésta— parcialidad vista como posicionamiento de Weber frente a la idea del lucro por el lucro, frente a la ética de Franklin, frente a la idea de que «de las vacas hacen leche, de las personas dinero»<sup>3</sup>. En otras palabras, en la definición que Weber realiza del espíritu del capitalismo hay un posicionamiento claro en el lado de la escuela histórica alemana en oposición al manchesterismo, un posicionamiento en el lado de la economía entendida como economía política, como instrumento de «los intereses de la nación y de su poder temporal, el Estado nacional»<sup>4</sup>, frente a la economía vista como ciencia económica, como entidad independiente del Estado, regida por sus propias leyes económicas. *Autónoma*, en una palabra<sup>5</sup>.

Y es precisamente a la idea mencionada del lucro por el lucro, a «la idea de la *obligación del individuo* en relación al interés por ampliar su capital, al que se considera un fin en sí mismo»<sup>6</sup>, a lo que se enfrenta la escuela histórica alemana: al capital en tanto que centro de un determinado *ethos*, a la idea del capital como algo independiente de la cultura, de la ética, del Estado. El capital debe servir a un fin social, no servirse a sí mismo. Y es en cierto

---

<sup>3</sup>Kürnberger, cit. por Weber, pág. 108, op. cit., n. 1.

<sup>4</sup>M. Weber, *Antrittsrede*, 1895. Cit. por J. L. Villacañas por la edición de *Escritos Políticos. El Estado nacional y la política económica alemana*, México, Folio, 1983, p. 19.

<sup>5</sup>El posicionamiento de Weber como miembro de la escuela histórica alemana hace pensar que la incompletitud de la caracterización del espíritu del capitalismo puede ser en realidad más parcial de lo que parecería en un principio, y que en las características utilizadas para el análisis —y en la forma de presentarlas— hay una clara influencia de Weber como sujeto político, y más si se tiene en cuenta la activa participación de Weber en la vida política de la época. La visión que Weber da del capitalismo —con la que estoy de acuerdo— es una visión claramente negativa, y es difícil determinar hasta que punto la opinión de Weber puede haber influido en la caracterización del capitalismo. Es decir, ¿En que grado está Weber partiendo de una visión *puesta* del capitalismo, y construye en cierto modo para ella su argumentación, o parte realmente de unos argumentos para llegar a la visión final que da de éste? ¿En qué grado está Weber siendo objetivo a la hora de enjuiciar el capitalismo? Obviamente, sea cual sea la magnitud de dicha subjetividad —si es que en realidad está presente de forma significativa en *La ética protestante*, es decir, si es que traspasa los límites de lo razonable e implícito en todo juicio—, está limitada en todo momento por la necesidad de utilizar dicha caracterización para la tesis del origen del capitalismo. En otras palabras, la definición que Weber hace del espíritu del capitalismo sólo puede tomar partido por una posición en tanto en cuanto dicha definición siga sirviendo de apoyo a la tesis central, la que, en base a la argumentación desarrollada a lo largo de la obra, parece lo suficientemente sólida para no ponerla en tela de juicio. Por otra parte, mientras que es posible ser más o menos subjetivo respecto a las características que definen algo, esta subjetividad pierde su importancia —aunque nunca completamente— cuando se habla de hechos históricos contrastados (a no ser, naturalmente, que Weber odiase a aquellas clases ascéticas a las que les atribuye el origen del capitalismo, lo que me parece que es llevar un poco lejos la cuestión). Es el *grado* de dicha «desviación» lo que sería necesario determinar, el cual, tras el análisis que Weber lleva a cabo en toda la obra, no considero en absoluto que sea significativo.

<sup>6</sup>Weber, pág. 108, op. cit., n. 1. La cursiva es del original.

modo este mismo enfrentamiento entre las posiciones de la escuela alemana histórica y el manchesterismo el que se materializa históricamente en el propio individuo, estableciéndose una oposición entre el individuo precapitalista «atrasado» del *tradicionalismo*, que orienta su trabajo hacia el fin específico de la subsistencia, del «cubrimiento de las necesidades»<sup>7</sup> personales, frente al individuo posterior, «avanzado» del *capitalismo*, que sistematiza el ejercicio de su *profesión* con vistas a la ganancia como fin en sí misma, es decir, no como un medio para obtener nuevos bienes, para mejorar la posición social, o para incrementar el nivel de vida, sino que representa la «sensación irracional del buen «cumplimiento de la profesión»»<sup>8</sup>. Y aquí es crucial la importancia que adquiere el término «profesión». Tal como Weber afirma, el afán de lucro ha existido desde que el hombre es hombre, pero el espíritu del capitalismo se distingue de éste por su sistematización, que se expresa a través del ejercicio constante de una profesión, y que desemboca en un *deber profesional*<sup>9</sup>, en una responsabilidad con la propia actividad «profesional».

Este deber propio del espíritu del capitalismo tal y como lo estamos concibiendo tiene una consecuencia directa para aquellos que no sienten tal responsabilidad, y es el riesgo al ostracismo social. En otras palabras, el capitalismo lleva a cabo una *selección* de aquellos miembros que no se subyugan a las normas establecidas<sup>10</sup> por la propia sociedad capitalista. Una vez desarrollado como posición dominante, el espíritu del capitalismo se convierte en una obligación social, en una ética a la que es necesario adaptarse, ya liberado de los condicionantes religiosos que le dieron pie.

Sin embargo, dicha actitud frente a la vida, dicha *racionalización* de la vida al servicio del buen cumplimiento una «profesión»<sup>11</sup>, ya asumida como absolutamente normal hoy en día, no sólo no nace del día a la mañana, sino que es una actitud que genera rechazo —repugnancia— en el ser humano precapitalista.

No obstante, antes de ver cómo se desarrolló esta actitud, es necesario tener presente que en ningún caso se va a encontrar una comunidad religiosa que haya tenido como valor ético

---

<sup>7</sup>Sombart, *Der moderne Kapitalismus*, vol. I, 1902, pág. 62. Cit. por M. Weber, pág. 121, op. cit., n. 1.

<sup>8</sup>Weber, pág. 127, op. cit., n. 1.

<sup>9</sup>Weber, pág. 111, op. cit., n. 1.

<sup>10</sup>Y aquí no puedo menos que sentirme aludido debido a mi situación laboral actual, dándome cuenta de las pocas alternativas viables a la visión del mundo *capitalista* (o mejor dicho, los enormes riesgos que se corren al no *entrar en el juego* de la sociedad capitalista). Se ve uno en el dilema de intentar llevar a cabo una vida *tradicionalista* con el riesgo de engrosar las largas listas del paro (con las consecuencias posteriores que ello conlleva en la creación de una familia, la compra de un piso,...), o llevar a cabo una vida más *capitalista* y aceptar todo lo que ello conlleva (pérdida de tiempo libre, priorizar valores de la empresa frente a los propios,...). Y lo peor es que ha de enfrentarse uno no sólo a sí mismo, y a los valores que la propia sociedad *nos* inculca desde pequeños, sino también a aquellos que, materializaciones humanas del espíritu capitalista, lo tachan a uno de loco con sólo plantearse priorizar valores *tradicionalistas* frente a los *capitalistas* —o el hecho de estudiar filosofía— haciendo alusión a ese utilitarismo extremo tan repugnante y que está tan presente en nuestra sociedad. No es casualidad que el mismo Franklin utilice el utilitarismo como uno de los pilares sobre el que construir su *ethos* centrado en el dinero: las virtudes son virtudes porque son *útiles*.

<sup>11</sup>Que no olvidemos, aunque implica siempre la obtención de un beneficio, éste no constituye el fin de la ética en la que se basa dicha actitud, sino que es el sentimiento *irracional* del cumplimiento con la «profesión».

el enriquecimiento económico, sino que éste siempre es una consecuencia práctica de motivos y actitudes puramente religiosas, ni tampoco puede decirse que «el capitalismo en tanto que *sistema económico* es un producto de la Reforma»<sup>12</sup>, sino que es necesario determinar el papel que ésta tuvo en el desarrollo y expansión del espíritu capitalista.

Es Lutero el que pone la semilla para el desarrollo del espíritu capitalista<sup>13</sup>, rechazando el ascetismo monacal y estableciendo el cumplimiento de los deberes intramundanos como único modelo de vida que complace a Dios. Es en este momento y de forma totalmente nueva, cuando el cumplimiento de estos deberes intramundanos, lo que se identifica de forma inmediata con la idea de «profesión», adquiere una dimensión de máxima ética. Posteriormente, cada vez va tomando más fuerza la idea de que el hombre debe permanecer en el estado y profesión que Dios le ha dado, lo que justifica el hecho de que el hombre deba sentir un *deber* hacia su actividad profesional. Son estos los únicos «avances» que el luteranismo hace hacia una ética capitalista, ya que de hecho, Lutero rechaza el enriquecimiento más allá del cubrimiento de las propias necesidades, adoptando una posición «tradicional».

No sería el protestantismo, sino las variaciones ascéticas de éste, representadas por el calvinismo, el pietismo, el metodismo y las sectas anabaptistas, las que desempeñarían un papel vital en el desarrollo del «espíritu» del capitalismo:

## (I) Calvinismo

El calvinismo se identifica con la doctrina de la *predestinación*, según la cual Dios ha predestinado mediante su decisión a algunos seres humanos a la vida eterna y a los demás los ha condenado a la muerte eterna, donde el hombre no puede hacer nada para cambiar esta decisión, ya que eso «sería tanto como afirmar que las decisiones absolutamente libres de Dios (...) son alteradas por la actuación humana»<sup>14</sup>. El ser humano ha sido creado para la glorificación de Dios, y el trabajo social<sup>15</sup> que éste desempeña es un trabajo «in majorem gloriam Dei», adquiriendo un carácter ético.

Por otra parte, esta doctrina deja al hombre sin posibilidad de salvación, sin posibilidad de conocer si ha sido escogido para la gloria eterna. Y aunque Calvino niega toda posibilidad de conocimiento de la elección sagrada, se va desarrollando la idea de que el hombre escogido *se siente* escogido, que es un deber *considerarse* elegido, y se recomienda el *trabajo profesional incesante* como herramienta para obtener la auto-certeza de haber sido escogido. Es decir, aunque las buenas obras sean inútiles como herramienta para obtener la gracia, son sin embargo signo inequívoco de estar en ella. La consecuencia inmediata de esto es que el ser humano del calvinista llevó a cabo una «santificación de las obras hecha sistema»<sup>16</sup>.

---

<sup>12</sup>Weber, pág. 151, op. cit., n. 1.

<sup>13</sup>Es importante destacar que la posición de Lutero no se asemeja ni remotamente a la del espíritu capitalista mostrado anteriormente, del que la ética de B. Franklin es el mejor ejemplo.

<sup>14</sup>Weber, pág. 162, op. cit., n. 1.

<sup>15</sup>En tanto que englobado en una determinada comunidad social.

<sup>16</sup>Weber, pág. 181, op. cit., n. 1.

En otras palabras, no eran posibles las buenas obras aisladas, sino que en todo momento y acción el calvinista debía comportarse de modo que quedase patente que había sido escogido, llevando el ascetismo monacal a la vida cotidiana, e impulsando una sistematización del comportamiento, una racionalización metódica de la vida, que es como hemos visto, una de las principales características del espíritu del capitalismo.

## (II) Pietismo

El pietismo en un principio, y en el ámbito de la Iglesia reformada, fue simplemente una radicalización del comportamiento ascético de los cristianos reformados normales, un control ascético más estricto de la vida basada en el desempeño de una profesión.

Fue el pietismo alemán<sup>17</sup> el que desarrolló más el aspecto ascético-racional que interesa en el estudio del espíritu del capitalismo. Según éste, el perfeccionamiento metódico de la propia persona hacia estadios de santidad cada vez mayores era signo del estado de gracia, y es la providencia divina la que actúa sobre el propio hombre, haciéndole señas si éste lleva una vida «paciente, perseverante y metódica»<sup>18</sup>. Sin embargo, el pietismo tiene un carácter sentimental mucho más acentuado que el calvinismo, lo que en ocasiones se traducía en la idea de que la profesión apartaba de Dios.

## (III) Metodismo

La principal característica del metodismo fue el carácter altamente emocional que adoptó, en el cual el religioso podía *sentir* con absoluta certeza la salvación, a diferencia de la doctrina pura de Calvino, en la cual el «elegido» no se diferenciaba en nada del «condenado». Se reanimó asimismo la idea de que las obras no son la herramienta para obtener la gracia, sino el signo de que se posee la gracia, pero siempre que estas obras fuesen acompañadas del *sentimiento* del estado de gracia.

Por otra parte, el metodismo no añadió nada nuevo al calvinismo o pietismo en el estudio del desarrollo del concepto de «profesión» asociado a la religión.

## (IV) Las sectas anabaptistas

La principal diferencia de éstas<sup>19</sup> respecto a los movimientos religiosos mencionados es su carácter de «secta», es decir, como comunidades a las cuales pertenecían únicamente *creyentes* y *regenerados*, y que no aceptaba a aquellos que no habían sido regenerados<sup>20</sup>. Dicha regen-

---

<sup>17</sup>Weber habla del pietismo alemán refiriéndose al de Spener, Francke y Zinzendorf, y lo define como la penetración de las actitudes ascéticas en aquellas zonas de religiosidad no calvinista. Pág 198, op. cit., n. 1.

<sup>18</sup>Weber, pág. 200, op. cit., n. 1.

<sup>19</sup>Baptistas, mennonitas y cuáqueros.

<sup>20</sup>«Son una secta porque la comunidad religiosa sólo *pudo* estar organizada de manera voluntarista y no institutiva si no quería acoger a personas no regeneradas y, por tanto, desviarse del modelo de los primeros

eración sucedía mediante una especie de revelación individual interior por la cual la persona se encontraba con la gracia, y que originaba un alejamiento de la persona del mundo. Es esta revelación interior, que surge de la conciencia de la persona, la que, al identificarse con el medio por el que Dios se comunica con la persona, fomentó una actitud tranquila y sobria frente al mundo<sup>21</sup>, y que junto con el aislamiento de la persona del mundo, desembocó en el ascetismo intramundano. Este ascetismo se canalizó, gracias al rechazo a los cargos políticos y a la aristocracia, en la vida profesional apolítica.

Es ya evidente que estas variaciones del luteranismo, por el carácter ascético que imprimían en la vida de la persona, van a desempeñar un papel crucial en el nacimiento y desarrollo del «espíritu» del capitalismo. Lo que hicieron fue trasladar la actitud *monacal* de la vida, la actitud ascética, la racionalización de la conducción de la vida en torno a Dios, al mundo, a la vida cotidiana. Es este ascetismo intramundano el que va a crear, sobre los hombros de la justificación divina, la idea del «deber profesional», la idea del compromiso con la «profesión». Es necesario, querida por Dios, y signo de la gracia, una conducción de la vida basada en el trabajo duro, constante, continuado, que se convierte de este modo en el *fin en sí mismo* de la vida.

Y es lógico que esta actitud generara beneficios económicos, que desde el punto de vista ascético son reprobables sólo si se utilizan para la relajación, para el disfrute de la vida, el descanso. El puritano no niega estos beneficios, sino que muy al contrario ve en ellos un signo de la gracia divina, hasta el punto que considera que las oportunidades de beneficio económico adicionales (lícitas) son una orden del Señor<sup>22</sup>.

Dios se convierte de este modo en la justificación de la búsqueda del beneficio, que sólo es condenable si se hace uso de él para el disfrute personal, pero que es completamente necesario desde el punto de vista ético. El hombre únicamente es administrador de los *talentos* que Él le ha concedido, y por tanto no puede usarlos para beneficio propio pero tampoco desperdiciarlos no haciendo uso de ellos. Esto desembocó en una negación del disfrute de los bienes, y autorizó la obtención de riquezas —mediante el trabajo profesional— al ser considerada como querida por Dios. Fue la conjunción de la valoración religiosa de la conducción profesional como actitud ascética máxima y la aprobación divina de esta actitud orientada a la ganancia la que desembocó en el «espíritu» del capitalismo. Se había creado un *ethos* burgués, donde el afán de lucro estaba justificado, que ponía al servicio del empresario un tipo humano convencido de que el trabajo era el fin que Dios quería para su vida, y mediante la misma justificación divina, se daba al empresario la tranquilidad de que las desigualdades sociales y

---

cristianos». Weber, pág. 215, op. cit., n. 1.

<sup>21</sup>«Dios sólo habla cuando la creatura calla». Weber, pág. 219, op. cit., n. 1.

<sup>22</sup>«Cuando Dios os muestra un camino en el que de una manera lícita *podéis ganar más* que en otro camino y sin perjuicio para vuestra alma ni la de otros y vosotros rechazáis esto y seguís el camino menos provechoso, *estáis impidiendo uno de los objetivos de vuestra llamada, os estáis negando a ser administradores de Dios y a aceptar sus dones para poderlos usar Él cuando os lo pida*». Baxter, *Saints' everlasting rest*, I, cap. X, tít. 1, dis. 9 (§24). Cit. por Weber, pág. 235, op. cit., n. 1. La cursiva es del original.

el reparto desigual de las riquezas eran obra de la voluntad divina, que más tarde adaptaría la idea de «profesión» para abarcar también la ganancia mediante el trabajo de otros.

Y es esta misma actitud, ya despojada de los rasgos religiosos, la que desembocó en la situación actual, en una «jaula de acero»<sup>23</sup> que debería haber sido «un abrigo fino que en todo momento uno se puede quitar»<sup>24</sup> pero que ha adquirido un poder invencible sobre el ser humano. Ochenta años después de que Weber revisase *La ética protestante*, es sorprendente descubrir como se pueden establecer comparaciones inmediatas entre la situación actual y la que Weber se vió destinado a *sufrir*: «igual que hoy en día la sociedad capitalista suele proteger a las personas «deseosas de trabajar», contra la moral de clase de los trabajadores y contra los sindicatos hostiles a la autoridad»<sup>25</sup>, «Aquella poderosa tendencia a la uniformidad del estilo de vida, a la que hoy acompaña el interés capitalista por la estandarización de la producción»<sup>26</sup>, «Donde no se puede poner el «cumplimiento de la profesión» en relación directa con los valores culturales supremos, hoy el individuo suele renunciar a interpretarlo»<sup>27</sup>.

Me cuesta un gran esfuerzo no identificar la sociedad en la que vivo con la sociedad que Weber está describiendo, y me doy cuenta de la uniformidad de la que habla Weber, no sólo en la dimensión temporal sino también en la espacial, no sólo en la productividad sino también en el comportamiento y el pensamiento. En la época de la globalización, de la financiarización de la sociedad<sup>28</sup>, de las sociedad de las *marcas*<sup>29</sup>, del trabajo barato, del pensamiento único<sup>30</sup>, es difícil no identificarse con la situación de Weber, y sentir realmente la opresión de esa jaula de acero, que probablemente Weber sentía cuando veía como el liberalismo económico del manchesterismo se abría paso. Pienso que *La ética protestante* es un libro de magnitudes colosales no sólo por lo que dice, ni siquiera por lo que representa, sino también por lo que no dice. Va más allá de la tesis del origen del capitalismo, más allá de la caracterización del capitalismo, y deja abierta la cuestión de qué actitud debe tomarse respecto a éste. *Ésta es nuestra ética*, parece decir, una vez ha puesto toda su irracionalidad al descubierto, todo su sentido meramente monetario. No nos queda ni un mísero dios en el que justificarnos. Más allá del análisis histórico, Weber invita a la reflexión sobre una ética que, a todas luces, es *irracional*.

---

<sup>23</sup>Weber, pág. 259, op. cit., n. 1.

<sup>24</sup>Baxter, op. cit., cap XII. Cit. por Weber, pág. 259, op. cit., n. 1.

<sup>25</sup>Weber, pág. 242, op. cit., n. 1.

<sup>26</sup>Weber, pág. 245, op. cit., n. 1.

<sup>27</sup>Weber, pág. 259, op. cit., n. 1.

<sup>28</sup>G. Izquierdo, *Entre el fragor y el desconcierto. Economía, ética y empresa en la era de la globalización*, Madrid, 2000.

<sup>29</sup>N. Klein, *No Logo*, Nueva York, 1999.

<sup>30</sup>N. Chomsky, I. Ramonet, *Cómo nos venden la moto*, Barcelona, 1995.